

que suple á la pujanza de la mente con la pujanza de la voluntad!

Blucher se puso, pues, en marcha hácia Arcis, y noticioso al paso de que el príncipe de Schwarzenberg replegado sobre Troyes, le aguardaba allí para dar batalla, se encaminó via recta á Mery, para acudir mas pronto á la cita, y poder caer de flanco sobre el ejército francés, al cual suponía en persecucion del ejército de Bohemia.

Encontrando Napoleon á Blucher en Mery á la orilla derecha del Sena, ya no debía pensar en ir allá en persona. Sin embargo, no creyendo que el general prusiano hubiera podido rehacer tan pronto un ejército como de cincuenta mil hombres se inquietó poco de su aparicion, y no desesperó de coger al dia siguiente ó al otro al príncipe de Schwarzenberg y anonadarle. Sus soldados creían de nuevo en su superioridad, él en su fortuna, y todos marchaban á la batalla que veían próxima con alegría. Napoleon resolvió trasladarse al dia siguiente á Troyes.

Pero interin iba en pos de la batalla, su principal contrario renunciaba á admitirla. Justamente espantado estaba el príncipe de Schwarzenberg de hallarse delante de Napoleon, á quien creía á la cabeza de fuerzas considerables, y de aventurar la suerte de la coalicion en una jornada. Se le dieron noticias exageradas del número de tropas llegadas de España, y su calidad en el combate de Nangis la habia experimentado. No calculaba las fuerzas de Napoleon en menos de ochenta ó noventa mil hombres, exaltados por la victoria y por una situacion extraordinaria. Separado de Blucher de quien no sabia que estuviese tan cerca, se encon-

traba reducido á cien mil hombres por consecuencia de los combates sobrevenidos y de los destacamentos indispensables. Estos cien mil hombres no estaban tan bien concentrados como los que á Napoleon suponía, y despues de haber tenido en jaque en la Rothière á sus ciento setenta mil soldados no mas que cincuenta mil franceses (número que supuso equivocadamente á Napoleon en aquella jornada), no parecia juicioso exponer ciento contra ochenta. ¡Y luego, si era batido, se le precipitara al Rhin de un solo empuje, y se perdiera en un dia el fruto de las campañas de 1812 y de 1813, y se haria al opresor comun mas exigente, mas opresivo que nunca! Para los rusos y los prusianos, á quienes dominaba la pasion y que tenían mucho que ganar en el triunfo, aun cuando tuvieran mucho que perder en la derrota, podia haber motivos para exponerse así á los mayores riesgos; pero para los austriacos, que corrían el de perder en un dia lo que habían vuelto á ganar en un año, lo que les ofrecía Napoleon sin combate, y para quienes la victoria no tenía mas perspectiva que el aumento de la preponderancia de los rusos, á la verdad el provecho no merecía la pena de prolongar la lucha. Aun revelando las dos cartas de Napoleon el intento de dividir á sus enemigos, no dejó de dividirlos algun tanto, moviendo á los austriacos á reflexiones naturales. Una circunstancia agravante se agregaba á las que se hacían valer en favor de una suspension de armas. A la par de divulgarse la noticia positiva de la llegada por Orleans á París de un fuerte destacamento del ejército de España, también había cundido el rumor de la traslacion de otro destaca-



mento mas poderoso aun de Perpiñan á Lion, y mandado por el mariscal Suchet en persona; porque en la guerra, donde son tan vivas las impresiones, se abultan los hechos, aun siendo verdaderos, hasta el punto de trasformarlos al golpe en mentiras. El conde de Bubna, situado entre Ginebra y Lyon, recelaba tener encima de cincuenta á sesenta mil hombres, pedia inmediatos socorros, y auguraba grandes infortunios si no se accedia á sus instancias. ¿Qué acontecería á la verdad si se daba y perdía una batalla en el Franco Condado, y por lo mismo á espaldas de los ejércitos aliados? Así, para precaver tan funesto accidente urgía destacar en provecho del conde de Bubna unos veinte mil hombres, esto es, reducirse á ochenta mil y quedar de esta suerte delante de Napoleon con fuerzas apenas iguales á las suyas, lo cual pecara de grave imprudencia. Verdad es que aun quedaba Blucher, cuya fuerza se ignoraba al presente, pero cuyo carácter se conocia de sobra, y cuya indocilidad era tal que, á pesar de su celo, no habia manera de lisonjearse de tener á punto los cuarenta ó cincuenta mil hombres que tal vez llevaba consigo.

Por estas razones, que no carecian de peso, el sesudo príncipe de Schwarzenberg opinaba que se evitara una batalla general; que se retrocediera hácia Brienne, Bar-sur-Aube y Langres; que se aguardaran allí los refuerzos anunciados, que al mismo tiempo se enviaran por Dijon unos veinte mil hombres al conde de Bubna; y que, para estar entretanto á cubierto de los ataques de Napoleon, se respondiera seguidamente á sus dos cartas proponiéndole un armisticio; armisticio que produci-

ría la paz acaso, ó á lo menos daría espacio para asegurarse la victoria.

Estas razones fueron debatidas el mismo dia 22 en un consejo celebrado en el cuartel general, con asistencia de los tres soberanos y de los generales y ministros de la coalicion. Alejandro, tan bullicioso poco antes, no osaba convertirse en apóstol de la contemporizacion de pronto, pero manifestaba menos altanería de sentimiento y de lenguaje. A pesar de verse privado del partido fogoso de Blucher y su estado mayor, que se encontraban en Mery, no careció de órganos que significaran por su cuenta que retroceder era una debilidad, cuyo efecto moral pecaría de muy funesto; que en la situacion actual de las cosas no habia mas que vencer ó morir; que con la union al ejército de Silesia se contarían fuerzas casi dobles que las de Napoleon; que por tanto se vencería de fiyo, pues era indigno suponer que peleando en proporcion de dos contra uno habria que lamentar derrota; que en todo caso no cabia abrazar otro partido, porque un movimiento retrógrado arruinaría los asuntos de la coalicion por completo; que retroceder sobre Langres era trasladarse á una comarca pobre de suyo, y mas empobrecida aun por la reciente mansion de las tropas; que no se podría vivir allí de ninguna manera; que á la retirada á Langres seguiría la retirada á Besanzon al instante; que retrogradar de esta suerte equivalía á restituir á Napoleon todo su prestigio y todos sus parciales, y estimular á los paisanos franceses, que ya asesinaban á los soldados aislados, á levantarse en masa y á pasar á cuchillo á cuantos no formaran cuerpo de ejército; y en suma que va-



cular, retroceder, equivalia á morir sin remedio.

Nadie podia afirmar á la sazón con certeza si la razón estaba de parte de los contemporizadores ó de los impacientes. A la verdad, si estos calculaban con exactitud las fuerzas respectivas, aquellos cedían á temores fundados al negarse á jugar contra Napoleon el todo por el todo, pues si ganaba una batalla, lo cual distaba mucho de ser inverosímil segun la disposición de sus tropas, al Rhin seria precipitada la coalición sin remedio. Asi bien se puede sostener que, sin embargo de revelar un tanto de timidez sus conjeturas, el príncipe de Schwarzenberg tenia mas razón en definitiva que sus adversarios.

De todos modos, el partido de la moderación insistió en su dictamen, y como de resultas de los últimos sucesos acababa de adquirir tanta autoridad como Blucher y sus parciales habian perdido, como el emperador Alejandro apoyaba al partido de Blucher algo menos, el príncipe de Schwarzenberg logró prevalecer en el debate, y quedó adoptada la propuesta de un armisticio. Si no era aceptada, á lo menos se habria ocupado á Napoleon algunas horas, y detenido su marcha quizá un día, lo cual era mucho: si por el contrario era admitida, así podrian concentrarse los aliados, unos en Langres y otros en Chalons, recibir allí refuerzos considerables, y por fin, segun el voto secreto de los austriacos, reanudar las negociaciones pacificas con mas probabilidad de buen desenlace, porque una vez depuestas las armas, ya no seria tan fácil empuñarlas de nuevo. Los partidarios de la guerra á muerte consintieron en este paso con la esperanza de que no produciria ningun fruto, y de

que tal vez haria ganar algunas horas, lo cual ofrecia grandes ventajas en concepto de todos. Por influencia del príncipe de Schwarzenberg fué elegido el príncipe Wenceslao de Liechtenstein para ir al cuartel general francés con la propuesta de designar comisarios que en las avanzadas de los dos ejércitos convinieran en una suspensión de armas.

Napoleon se hallaba el 23 en marcha de Chartres á Troyes, cuando en las cercanías de este último punto presentóse el príncipe Wenceslao de Liechtenstein á poner el mensaje del príncipe de Schwarzenberg en sus manos. Al ver Napoleon esta insistencia de los aliados por obtener un armisticio, muy á la lijera infirió que se hallaban en posición harta embarazosa, y resolvió aparentar que les daba oídos, pero sin hacer alto, como que no le correspondia el papel de sacarlos de apuros. Alentado estaba por el triunfo, por el conocimiento de las grandes cosas que acababa de llevar á remate, por la esperanza de consumir las que aun bullian en su mente, y ahora no tenia razón alguna de prudencia para mostrarse modesto ó circunspecto, pues al revés hasta podia ser hábil la jactancia. A ella se abandonó así por cálculo como por disposición del momento.

Habiéndole felicitado mucho el príncipe Wenceslao por las excelentes operaciones á que acababa de dar cima, Napoleon oyóle con una satisfacción visible; le habló de las que meditaba ahora; singularmente exageró la extensión de sus fuerzas; se lamentó de las afrentosas proposiciones que se le habian dirigido; y pasando de una cosa á otra, le preguntó si era verdad que muchos prin-



cipes de la dinastía borbónica se encontraban ya en el cuartel general de los aliados. Efectivamente, á la sazón aspiraba á ser admitido en el de lord Wellington el duque de Angulema. En Belle-Ile y á bordo de una fragata se hallaba el duque de Berry, probando á agitar los ánimos en Vendée con su presencia; finalmente el padre de estos dos príncipes, el conde de Artois, investido con el título de lugarteniente general del reino, y en representación de Luis XVIII, retirado á Hartwel, se había presentado primero en Suiza y despues en el Franco-Condado, para conseguir su admision en el cuartel general de los soberanos. Con todo, aun no había alcanzado ninguno de estos príncipes el logro de sus aspiraciones.

El enviado del príncipe de Schwarzenberg se apresuró á negar toda participacion del Austria en manejos contrarios á la dinastía imperial, y afirmó que del cuartel general se había segregado al conde de Artois, lo cual era cierto. Esta declaracion dió á Napoleon mas gusto del que hizo patente; y dijo que examinaría la proposicion nueva, y la respondería desde la ciudad misma de Troyes, donde anhelaba entrar sin demora.

Su tiesura, de buen efecto para con los prusianos y los rusos, no tenía tanta oportunidad respecto de los austriacos, deseosos de la paz, y á quienes convenia dar esperanzas de obtenerla, para predisponerles á la moderacion en las miras, ó cuando menos á la vacilacion en los consejos.

Llegado á las puertas de Troyes, encontró Napoleon á la retaguardia de los aliados resuelta á defenderse en su recinto, y amenazando hasta con prender fuego á la ciudad si se persistía en entrar-

la de rebato. Semejante amenaza en boca de los rusos era harto formal para que no se tomara en cuenta. Verbalmente se convino en que á otro día 24, unos saldrian de Troyes, y otros entrarian sin disparar un fusilazo, ó á lo menos sin cometer ningun acto de agresion ó de resistencia que pudiera poner la ciudad en peligro. Con efecto, al día siguiente las últimas tropas de la coalicion salieron pacíficamente de Troyes, y las nuestras entraron alli de igual modo. Asi Napoleon, que veinte días antes cruzaba esta ciudad casi como vencido, con la mente llena de presentimientos siniestros, dudoso de si podría defender á París, y reducido á mandar que se alejaran de la capital, su esposa, su hijo, su gobierno, su tesoro, ya tornaba á Troyes despues de poner con un puñado de hombres á los ejércitos de Europa en fuga, y veía á los aliados, tan altaneros poco antes, pedirle, si no que depusiera las armas, al menos que las dejase descansar dentro de la vaina por algunos días. ¡Mudanza singular de fortuna y demostrativa de las muchas eventualidades imprevistas y venturosas, que un hombre de carácter y de genio, y con teson para perseverar en la guerra, puede hacer emanar á veces de una situacion aparentemente desesperada! ¿Se podía considerar esta mudanza de fortuna como decisiva del todo para proceder en consecuencia? ¡Duda cruel que solo á la prudencia unida al genio tocaba trocar en certidumbre! Efectivamente, respecto de los aliados convenia unir á la victoria la mas cabal medida, para abatir la jactancia de los unos, sin desalentar la moderacion de los otros, y coger, por decirlo asi, al vuelo, la ocasion de una transaccion bien difícil de operar entre



las proposiciones de Francfort y las de Chatillon. Tal era el problema que habia que resolver y no otro. Por desgracia Napoleon fiaba demasiado en la vuelta de la fortuna para que se mostrara prudente, y realmente ahora lo podia esperar con fundamento, no mirando mas que la exterioridad de las cosas. ¡Ah que no podemos esperarlo nosotros, ni hacernos ilusiones á lo menos por un instante en esta triste relacion de los tiempos pasados, pues en 1814 no se trataba de un hombre, de un grande hombre, que es lo mas interesante del mundo despues de la patria, sino de Francia á la cual se podia aun salvar la mitad de su grandeza, para la cual aun se podia conservar á Maguncia con tal de sacrificar á Amberes!

## LIBRO CINCUENTA Y TRES.

### Primera abdicacion.

Estado interior de Paris durante las últimas operaciones militares de Napoleon.—Secretos manejos de los partidos.—Actividad de Mr. de Talleyrand: sus miras; envio de Mr. de Vitrolles al campo de los aliados.—Conferencias de Lusigny; instrucciones dadas á Mr. de Flahaut acerca de las condiciones del armisticio.—Esfuerzos tentados por nuestra parte para hacer prejulgar la cuestion de las fronteras trazando la línea divisoria de los ejércitos.—Retirada del principe de Schwarzenberg hasta Langres.—Gran consejo de los aliados.—El partido de la guerra á muerte quiere que los cuerpos de Wintzingerode y de Bulow se agreguen al ejército de Blucher á fin de proporcionarle los medios de marchar sobre Paris.—Lord Castlereagh zanja extraordinariamente la dificultad de quitar estos cuerpos á Bernadotte.—De esta coyuntura se aprovecha para proponer el tratado de Chaumont, que liga á la coalicion por veinte años, de cuyo modo viene á ser la base de la Santa Alianza.—Júbilo de Blucher y de su partido; su marcha para engrosarse con Bulow y Wintzingerode.—Peligro del mariscal Mortier, enviado mas allá del Marne, y de Marmont dejado entre este rio y el Aube.—Estos dos mariscales consiguen juntarse y contener á Blucher, mientras Napoleon vuela en su socorro.—Marcha rápida de Napoleon sobre Meaux.—Dificultad de pasar el Marne.—Cubierto Blucher por este rio trata de agobiar á los dos mariscales, que han tomado posicion detrás del Oureq.—Napoleon cruza el Marne, se une á los dos mariscales, y persigue á Blucher, que se ve obligado á retirarse sobre el Aisne.—Situacion